

ble; sus ojos inmejorables, sobre todo por el modo con que se hallaban colocados bajo su frente y bajo sus cejas. No había aun en su mirada ninguna charlatanería, nada de teatral ni afectado. *El Genio del cristianismo*, que metía mucho ruido por entonces, había obrado sobre Napoleón. Una imaginación prodigiosa animaba á aquel político tan glacial: no hubiera llegado á ser lo que era, si la musa no hubiese tomado parte; la razón ponía en práctica las ideas del poeta. Todos estos hombres grandes son siempre un compuesto de dos naturalezas, porque es menester que sean capaces de inspiración y de acción: la una engendra la idea; la otra la lleva á cabo.

Bonaparte me vió y me reconoció, no sé en qué. Cuando se dirigió hacia mí no se podía conocer á quien buscaba: abríanse sucesivamente las filas de concurrentes; cada uno de por sí esperaba que el cónsul se detuviera ante él; parecía que Bonaparte experimentaba una cierta impaciencia conociendo estas equivocaciones. Me coloqué detrás de todos; pero Bonaparte alzó la voz, y me dijo: «Mr. de Clateaubriand!» Quedeme entonces solo y delante de los demás, porque la concurrencia se retiró, y se colocó formando círculo alrededor de los interlocutores. Bonaparte se acercó á mí con agrado, ahorrando cumplidos, ociosas preguntas, y sin preámbulo alguno me habló del Egipto y de los árabes, como si fuese su íntimo amigo, y como si no hiciera otra cosa que seguir una conversación empezada de antemano entre nosotros. «Me sorprendía, dijo, siempre que veía á los Cheiks volverse hacia el Oriente y tocar la arena con su frente. ¿Qué sería esa cosa desconocida que adoraban en el Oriente?»

Bonaparte se paró un momento, y pasando sin transición á otra idea: «¿El cristianismo! ¿Los ideólogos no han querido hacer de él un sistema de astronomía? Aun cuando fuera así, ¿podrían acaso persuadirme de que el cristianismo es mezquino? Si el cristianismo es una alegoría del movimiento de las esferas, la geometría de los astros, los espíritus fuertes han concedido á su pesar demasiada grandeza al infame.»

Bonaparte se retiró al momento. Como á Job durante la noche «se presentó un espíritu delante de mí; las carnes se me erizaron; allí estuvo; no conozco su semblante, y he oído su voz como un ligero soplo.»

Mi vida no ha sido otra cosa que una sucesión de fantasmas; el infierno y el cielo se han abierto continuamente bajo mis pies ó sobre mi cabeza, sin que haya tenido tiempo para sondear sus tinieblas ó sus resplandores. Una sola vez he encontrado al hombre del siglo pasado y al hombre del nuevo siglo sobre las riberas de ambos mundos; Washington y Napoleón. Hable un breve rato con uno y con otro; ambos me enviaron á la soledad: el primero por medio de una benévola despedida, el segundo por un crimen.

Noté yo que al cruzar por entre la concurrencia Bonaparte fijaba sobre mí miradas más profundas que las que me había dirigido al hablarme. Seguía yo también con los ojos:

¿Che é quel grande; che non par che curi
L'incendio?

«¿Quién es el grande que no se cuida del incendio?» (Dante.)

Paris 1857.

AÑO DE MI VIDA 1803.—SOY NOMBRADO PRIMER SECRETARIO DE EMBAJADA EN ROMA.

De resultas de esta entrevista, Bonaparte pensó en mí para enviarme á Roma; había conocido al primer golpe de vista cómo y en dónde podía serle útil. Importábase poco que no me hubiese anteriormente ocu-

pado en los negocios, y que ignorase hasta la primera palabra de la diplomacia práctica, creía que ciertos talentos saben siempre y que no necesitan aprendizaje. Era un gran conocedor de los hombres, pero quería que no tuviesen talento más que para él, y con la condición de que se hablase poco de este talento; celoso de toda reputación, la miraba como una usurpación de la suya: no debía haber en el universo nadie más que Napoleón.

Fontanes y Mad. Bacciochi me hablaron de lo satisfecho que había quedado el cónsul de mi conversación: yo no había desplegado mi boca, y esto quería decir que Bonaparte se hallaba satisfecho de sí mismo. Me instaron á que me aprovechara de mi fortuna. Jamás había pasado por mi imaginación la idea de llegar á ser algo: así es que rehusé. Entonces interpusieron una autoridad á la que me era difícil resistir.

El abate Emery, director del seminario de San Sulpicio, vino á conjurarme, á nombre del clero, que aceptase por el bien de la religión la plaza de primer secretario de la embajada que Bonaparte destinaba á su tío, el cardenal Fesch. Hízome notar que no siendo gran cosa la aptitud del cardenal, llegaría á hacerme dueño absoluto de los negocios. Una extraña casualidad me había relacionado con el abate Emery: había pasado, como ya lo sabéis, á los Estados-Unidos, en compañía del abate Nagot y de algunos seminaristas... Este recuerdo de mi oscuridad, de mi juventud, de mi vida de viajero, que se reflejaba en mi vida pública, me ocupaba el espíritu y el corazón. El abate Emery, estimado por Bonaparte, era astuto por su naturaleza, por su traje y por la revolución, pero esta triple astucia no le servía sino en provecho de su verdadero mérito: era ambicioso únicamente de hacer bien, no obraba sino para la mayor prosperidad del seminario. Circunspecto en sus acciones y en sus palabras, hubiera sido infructuoso el intentar violentarle, porque siempre presentaba fácil acceso en sus giros, en cambio de una voluntad que jamás cedia: su fuerza consistía en esperar sentado sobre su tumba.

No le salió bien la primera tentativa; pero volvió á la carga, y su paciencia me venció. Acepté el empleo que tenía encargo de proponerme, convencido de mi inutilidad para el puesto á que me destinaban: no valgo para nada hallándome en segunda línea. Hubiera tal vez retrocedido aun, si la idea de Mad. de Beaumont no hubiese venido á poner término á mis escrúpulos. La hija de Mr. de Montmorin se hallaba á las puertas de la muerte; el clima de Italia debía serle, según decían, sumamente favorable; yendo yo á Roma se decidiría ella á pasar los Alpes, y me sacrificó con la esperanza de salvarla. Mad. de Chateaubriand se preparaba para ir á reunirse conmigo; Mr. Joubert hablaba de acompañarla, y Mad. de Beaumont partió para Mont-d'Or, con el objeto de completar su curación á orillas del Tiber.

Mr. de Talleyrand ocupaba el ministerio de negocios extranjeros; me expidió el nombramiento, y comí en su casa: quedé siempre fijo en mi imaginación tal como le había ella colocado desde el primer momento. Por lo demás, sus buenos modales hacían un raro contraste con los de los tunantes que le rodeaban; sus truhanerías eran de una grande importancia; á los ojos de aquella desmoralizada turba la corrupción de las costumbres pasaba por genio; la superficialidad del talento, por profundidad. La revolución era demasiado modesta; no apreciaba lo bastante su superioridad; no es gran cosa, á pesar de todo, el hallarse á mayor ó á menor altura que el crimen.

Vi á los eclesiásticos apegados al cardenal; conocí al alegre abate de Bonnevie, limosnero en otro tiempo del ejército de los príncipes, que se había hallado en la retirada de Verdun; había sido también gran vicario del obispo de Chalons, Mr. de Clermon-Tonnerre,

que se embarcó después que nosotros para reclamar una pensión de la Santa Sede, en calidad de *Chiaromonte*. Terminados todos mis preparativos, me puse en camino; debía hallarme en Roma antes que el tío de Napoleón.

Paris 1858.

AÑO DE MI VIDA 1803.—VIAJE DE PARIS Á LOS ALPES DE SABOYA.

En Lyon vi á mi amigo Mr. Ballanche. Fui testigo de la renaciente festividad del *Corpus*; me creía con derecho á aquellos ramilletes de flores, á aquella alegría del cielo que había respetado en la tierra.

Continué mi camino; hallaba en todas partes una cordial acogida; mi nombre se hallaba mezclado al restablecimiento de los altares. El placer más vivo que he experimentado es el de haber sido honrado en Francia y en el extranjero con las muestras de un interés como el que me profesaban. Sucediame alguna vez, en tanto que descansaba en alguna posada de un pueblo, ver entrar á un padre y á una madre con su hijo; traíanme aquel hijo, decían, para que me diese gracias. ¿Era amor propio el placer que entonces experimentaba? ¿Qué importaba á mi vanidad el que oscuras y honradas gentes me manifestasen su satisfacción en un camino real, en un sitio en que nadie los oía? Lo que me enternecía, á lo menos así me atrevo á creerlo, era el haber hecho algún bien, haber consolado algunos afligidos y hecho renacer en el fondo de las entrañas de una madre la esperanza de criar un hijo cristiano; esto es, un hijo sumiso, respetuoso y amante de su familia. ¿Hubiera experimentado esta satisfacción pura si hubiese escrito un libro en que se hubieran menoscabado las costumbres y la religión?

Saliendo de Lyon, el camino era muy triste; desde la Tour-du-Pin hasta Pont de Beauvoisin es frondoso y ameno.

En Chambery, donde el alma caballeresca de Bayardo se presentó tan sublime, una mujer recogió á un pobre hombre, quien por premio de la hospitalidad que había recibido se creyó filosóficamente obligado á deshonrarla. Tal es el peligro de las letras; el deseo de hacer ruido se sobrepone á todos los sentimientos de generosidad; si Rousseau no hubiese llegado á ser un escritor célebre, hubiera ocultado en los valles de Saboya las debilidades de la mujer que le había alimentado; hubiérase sacrificado á los defectos de su amiga; la hubiera consolado en su vejez en lugar de darla una caja de tabaco y huir. ¡Ah; que la voz de la amistad ultrajada no se eleve jamás contra nuestra tumba!

Después de pasar Chambery, se presenta la corriente del Isere. Véanse por todas partes y en medio de los valles cruces sobre los caminos y madonas en los troncos de los árboles. Las pequeñas iglesias, rodeadas de arboleda, forman un bello contraste con las elevadas montañas. Cuando los torbellinos del invierno descienden de estas cimas cubiertas de témpanos de hielo, el saboyano se pone á cubierto en su templo campestre, y reza.

Los valles que se recorren bajo Motmelian hallanse bordeados por montes de variadas formas, ya desnudos y ya vestidos de espesas selvas.

Aigüebelle parece terminar los Alpes; pero al volver una roca aislada caída en el camino, se dejan ver nuevos valles que siguen el curso del Arche.

Los montes se elevan á los lados del río; sus flancos se van haciendo cada vez más perpendiculares; sus cimas estériles empiezan á presentarse cubiertas de nieve; precipítanse desde ellas torrentes que van á engrosar el Arche. En medio de este tumulto de las aguas se nota una pequeña cascada que se desliza con una gracia indecible bajo un toldo de sauces.

Habiendo atravesado por Saint-Jean-de-Maurienne y llegado á Saint-Michel al ponerse el sol, no pude hallar caballos: viéndome precisado á detenerme, salí á dar una vuelta por fuera del pueblo. La atmósfera se presentaba trasparente en la cresta de las montañas; sus picos se dibujaban con una limpieza asombrosa, en tanto que una densa oscuridad, partiendo de sus pies, se elevaba hacia sus cimas. El canto del ruiseñor resonaba al pie; el grito del águila en su cúspide; el almeiz florido destacábase en el valle; la blanca nieve sobre la montaña. Un castillo, obra de los cartagineses, según tradición popular, presentábase sobre las obras exteriores cortadas en picos. Allí se había incorporado á la roca el odio de un hombre más poderoso que todos los obstáculos. La venganza del género humano pesaba sobre un pueblo libre que no podía elevar el edificio de su grandeza sino con la esclavitud y la sangre del resto del mundo.

Partí á la salida del sol, y llegué á las dos á Langs-le-Bourg, al pie de Mont-Cenis. Al entrar en el pueblo vi á un paisano que tenía cogido un aguilucho por las patas; una multitud cruel maltrataba al joven rey insultando la debilidad de la edad y la magestad caída: el padre y la madre del noble huérfano habían sido muertos; propusieronme que si quería comprarlo: después murió de resultas de los malos tratamientos que le habían hecho sufrir antes de mi llegada. Acordeme entonces del desgraciado niño Luis XVII; hoy pienso en Enrique V. ¡Qué rapidez de caída y de desgracia!

En este punto empíezase á subir el Mont-Cenis, y se deja el pequeño río Arche, que conduce al pie de la montaña. Al otro lado de Mont-Cenis el Doira os abre las puertas de Italia. Los ríos no solo son *grandes caminos que andan*, como los llama Pascal, sino que trazan además el camino á los hombres.

Cuando me vi por la vez primera en la cima de los Alpes, apoderóse de mí una emoción extraña; hallábase como la alondra, que cruzaba al mismo tiempo que yo la helada plataforma, y que después de haber entonado su canción en la llanura se arrojaba sobre la nieve en vez de bajar sobre las mieses. Las estancias que me inspiraron estas montañas en 1822 pintan bastante bien los sentimientos que me agitaban en los mismos sitios en 1803.

«¡Alpes, vosotros no habeis experimentado el poder de mis destinos! El tiempo nada puede contra vosotros; vuestras frentes han soportado insensiblemente los años que pesan sobre la mia.»

«Por la vez primera, cuando anhelante de esperanzas atravesaba por vuestras cimas, abríase ante mis ojos un porvenir inmenso como el horizonte.»

¡La Italia se veía á mis pies, y delante de mí el mundo!

¿He penetrado yo verdaderamente en ese mundo? Cristóbal Colon tuvo una aparición, que le presentaba la tierra de sus sueños antes de que la hubiese descubierto. Vasco de Gama encontró en su camino el gigante de las tempestades: ¿cuál de esos dos grandes hombres me ha profetizado mi porvenir? Lo que hubiera yo deseado ante todo habría sido una vida llena de gloria por sus resultados y oscura por su destino. ¿Sabeis cuáles son las primeras cenizas europeas que reposan en América? Son las de Biorn, el escandinavo: murió al llegar á Uniland, y fue enterrado por sus compañeros sobre un promontorio. ¿Quién tiene noticia de esto? ¿Quién conoce á aquel cuya vela se adelantó al navío del piloto genovés en el Nuevo-Mundo? Biorn duerme sobre la punta de un ignorado cabo desde hace mil años, y su nombre no nos ha sido transmitido sino por los cantos de los bardos en un idioma que ya no se habla.



DE MONT-CENIS A ROMA.—MILAN Y ROMA.

Habia empezado mis expediciones en sentido inverso al de los demás viajeros: las antiguas selvas de la América se habían ofrecido á mis ojos antes que las antiguas ciudades de Europa. Casi en medio de ellas, en el momento en que se rejuvenecían y morían á la vez en medio de una revolución nueva. Milan se hallaba ocupado por nuestras tropas: acababan de tomar el castillo, testigo de las guerras de la edad media.

El ejército francés se acampaba, como una colonia militar, en las llanuras de Lombardia. Custodiados de trecho en trecho por sus camaradas colocados de centinela, estos extranjeros de la Galia, cubiertos con la gorra de cuartel, llevando su sable á guisa de hoz, por bajo de su chupa redonda, parecían segadores activos y alegres. Ellos trasladaban las piedras, rodaban los cañones, conducían carretillas, y construían cobertizos y barracas de follaje. Los caballos saltaban, caracoleaban, se echaban de manos como perros que acariciarán á sus amos. Los italianos vendían frutas en el mercado de esta feria armada: unos soldados les regalaban sus pipas y sus eslabones, diciéndoles como los antiguos bárbaros, sus antepasados, á sus mujeres:—«Yo, Fotrad, hijo de Eupert, de la raza de los Francos, te doy á tí, Helgine, mi esposa querida, en honor á tu belleza (*in honore pulchritudinis tue*), mi habitación en el barrio de los Pinos.»

Nosotros somos enemigos muy singulares: encuéntranos al pronto un poco insolentes, un tanto demasíadamente alegres, bastante inquietos; pero apenas hemos vuelto la espalda, cuando ya se nos echa de menos. Activo, inteligente, espiritual, el soldado francés interviene en los quehaceres del patron en cuya casa está alojado, saca agua del pozo, como Moisés por las hijas de Madian, conduce los ganados al redil, corta leña, echa lumbre, cuida de la comida, pasea al niño en sus brazos ó le duerme en la cuna. Su buen humor y su actividad dan vida á todo; acostúmbrense á mirarle como de la familia. Pero apenas se deja oír el tambor, cuando corre por sus armas, deja á las hijas de su patron llorando su pérdida, y deja la habitación, en la que no vuelve á pensar hasta que se halla en los Inválidos.

A mi paso por Milan un pueblo inmenso, al despertar, abría por un momento sus ojos. La Italia salía de su letargo, y se acordaba de su genio como de un sueño divino, útil á nuestro país renaciente: llevaba á la mezquindad de nuestra pobreza la grandeza de la naturaleza trasalpina, acostumbrada como estaba esta Ausonia á las obras maestras de las artes y á las altas reminiscencias de una patria famosa. Llegó el Austria, volvió á tender su manto de plomo sobre los italianos, y les obligó á volver á encerrarse en sus tumbas. Roma volvió á ocultarse en sus ruinas, Venecia en su mar. Venecia se doblegó embelleciendo el cielo con su última sonrisa y reclinóse encantadora sobre sus olas como un astro que no debe alzarse ya nunca.

El general Murat mandaba en Milan. Tenía yo para él una carta de Mad. Baccióchi. Pasé el día con sus ayudantes de campo: éstos no se hallaban tan exhaustos como mis camaradas delante de Thionville. La cortesía francesa aparecía bajo las armas, probando que era la misma cortesía del tiempo de Lautrec.

Comí de gran etiqueta el 23 de junio en casa de Mr. de Melei con motivo del bautismo de un hijo del general Murat. Mr. de Melei había conocido á mi hermano; los modales del vice-presidente de la república cisalpina eran escogidísimos; su casa parecía la casa de un príncipe acostumbrado á serlo: me trató política y friamente, y me halló exactamente conforme con él en su modo de pensar.

Llegué á mi destino el día 27 de junio por la tarde, ntevispera de San Pedro; el príncipe de los apóstoles

me esperaba, como mi indigente patron me recibió posteriormente en Jerusalem. Había seguido el camino de Florencia, de Siena y Radicofaccio. Me apresuré á visitar á Mr. Cacault, á quien sucedía el cardenal Fesch, en tanto que yo reemplazaba á Mr. Artaud.

El día 28 de junio no descansé un momento; eché mi primera ojeada sobre el Coliseo, el Panteon, la columna de Trajano y el castillo de San Angelo. Por la noche Mr. Artaud me llevó á un baile en una casa de los alrededores de la plaza de San Pedro. Veíase la guirnalda de fuego de la cúpula de Miguel Angel entre los torbellinos de vales que se agitaban tras de las ventanas abiertas. Los cohetes del muelle de Adriano se encorvaban hácia San Onofre sobre la tumba del Tasso; el silencio, el abandono y la noche ocupaban el campo romano.

El siguiente día asistí á la funcion de San Pedro. Pio VII, pálido, triste y religioso, era el verdadero pontífice de las tribulaciones. Dos días despues fui presentado á su santidad: me hizo sentar á su lado. Un ejemplar de *El Genio del Cristianismo* se hallaba abierto sobre su mesa. El cardenal Consalvi, astuto y firme, que hacia siempre una oposicion política y suave, era el antiguo político romano resucitado, sin la fe del tiempo antiguo y la tolerancia del actual.

Recorriendo el Vaticano, me detuve á contemplar aquellas escaleras, por las que cómodamente se puede subir á caballo; aquellas galerías ascendentes replegadas unas encima de otras, decoradas de obras maestras, á lo largo de las cuales los papas de otros tiempos pasaban con toda su pompa; aquellos aposentos que han adornado tantos artistas inmortales y admirado tantos hombres ilustres, Petrarca, Tasso, Ariosto, Montaigne, Milton, Montesquieu, y despues reinas y reyes ó destronados; en fin, un pueblo de peregrinos llegado de las cuatro partes del mundo; todo esto, inmóvil y silencioso ahora, teatro cuyo proscenio abandonado, y descubierto ante la soledad, es apenas visitado por un rayo de luz.

Me habían recomendado que me pasease á la luz de la luna: desde lo alto de la Trinidad-del-Monte los lejanos edificios aparecian como los bocetos de un pintor ó como las costas nebulosas vistas desde la mar á bordo de una embarcacion. El astro de la noche, ese globo que se supone un mundo que ha perecido, paseaba sus pálidos desiertos sobre los desiertos de Roma, é iluminaba las calles sin habitantes, las plazas, los jardines desiertos, los monasterios donde no se oía la voz de los cenobitas, los claustros tan silenciosos y tan despoblados como los pórticos del Coliseo.

¿Qué sucedió hace diez y ocho siglos en semejante sitio y á semejante hora? ¿Qué hombres han franqueado aquí las sombras de esos obeliscos, despues que esta sombra hubo cesado de dibujarse sobre las arenas del Egipto? No solo la Italia antigua ha cesado de existir, sino que ha desaparecido tambien la Italia de la edad media. Sin embargo, la raza de esas dos Italias está aun diseñada en la ciudad eterna: si la Roma moderna presenta su San Pedro y sus obras maestras, la Roma antigua le opone su panteon y sus ruinas; si la una hace descender del Capitolio sus cónsules, la otra saca del Vaticano sus pontífices. El Tiber separa ambas glorias asentadas sobre el mismo polvo; Roma pagana se hunde cada vez mas en sus tumbas, y Roma cristiana vuelve á descender poco á poco á sus catacumbas.

PALACIO DEL CARDENAL FESCH.—MIS OCUPACIONES.

El cardenal Fesch había alquilado muy cerca del Tiber el palacio Lancelotti; allí conocí despues, en 1827, á la princesa Lancelotti. Diéronme habitación en el piso mas alto; al entrar en ella una infinidad de pulgas saltaron á mis piernas, de manera que volví negro mi pantalon blanco. El abate de Bon-

nevie y yo hicimos limpiar nuestra morada lo mejor que se pudo. Me creía trasplantado segunda vez á mi chiribitil de NewRoad: este recuerdo de mi pobreza no me era desagradable. Instalado en aquel gabinete diplomático, empecé á dar pasaportes y á ocuparme de asuntos de tanta importancia como el dicho. Mi letra era un obstáculo para mi talento, y el cardenal Fesch se encogía de hombros al ver mi firma. No teniendo casi nada que hacer en mi aérea habitación, me entretenía en mirar por cima de los tejados á unas planchadoras de una casa vecina, con quien había establecido una especie de telégrafo: una futura cantante, ejercitando su voz me perseguía con su eterno solfeo: ¡feliz yo cuando por casualidad pasaba algun entiero para suspender mi fastidio! De lo alto de mi ventana vi cierto día en el abismo de la calle un cortejo fúnebre de una jóven madre: conducíanla con la cara descubierta entre dos filas de peregrinos vestidos de blanco; su hijo recién nacido, y muerto tambien, iba á sus piés coronado de flores.

Cometí por entonces una gran falta: sin saber lo que me hacia, creí deber ir á ofrecer mis respetos al rey abdicatario de Cerdeña. Este paso causó una horrible alharaca: todos los diplomáticos se pusieron en conmocion.—«Se ha perdido, se ha perdido!» repetían con la piadosa alegría que se experimenta por las desgracias de un hombre, sea quien sea. No hubo saltimbanqui diplomático que no se creyese superior á mí desde lo alto de su ignorancia. Esperaban mi caída aun cuando yo nada significase: no importa; caía alguno, y esto siempre causa alegría. En mi sencillez no me apercebía yo de mi crimen. Los reyes á quienes se creía daba yo una gran importancia no tenían otra á mis ojos que la de la desgracia. Escribieron desde Roma á París mis increíbles desaciertos: ¡afortunadamente escribían á Bonaparte; lo que debía ahogarme me salvó!

Sin embargo, aunque de repente y de un salto había llegado á ser primer secretario de embajada, á las órdenes de un príncipe de la Iglesia, tío de Napoleón, y por extraño que esto pareciese, yo no era en realidad mas que un expedicionario de una prefectura. En las controversias que se preparaban hubiera podido tener en qué ocuparme, pero no se me iniciaba en ninguno de los misterios diplomáticos. Yo me plegaba sin esfuerzo á los asuntos contenciosos de Chancillería; ¿para qué perder mi tiempo en detalles al alcance de todos los escribientes?

Despues de mis largos paseos y mis visitas al Tiber, no encontraba al volver mas ocupacion que los parsimoniosos enredos del cardenal, las baladronadas del obispo de Chalons, y las increíbles mentiras del futuro obispo de Marruecos. El abate Guillon, aprovechándose de una semejanza de nombres que sonaban al oído del mismo modo que el suyo, pretendía despues de haberse escapado milagrosamente de los asesinatos de los carmelitas, haber dado la absolucion á Mad. de Lamballe en la Force; vanagloriábase de ser el autor del discurso de Robespierre al Ser Supremo. Aposté un día á que le haría decir que había estado en Rusia; y aunque del todo no convino en ello, confesó modestamente que había pasado algunos meses en San Petersburgo.

Mr. de la Maisonfort, hombre de talento, pero desconocido entonces, se unió á mí, y bien pronto monsieur Bertin el mayor, propietario del *Diario de los Debates*, me favoreció con su amistad, en circunstancias bien tristes. Desterrado á la isla de Elba, por el hombre que volviendo á su vez de la isla de Elba se trasladó á Gante, Mr. Bertin había obtenido en 1803 del republicano Mr. Briot, á quien conocí, el permiso de acabar su destierro en Italia. Con él fue con quien visité las ruinas de Roma, y con quien vi morir á Mad. de Beaumont; dos cosas que han unido su vida á la mia. Critico lleno de buen gusto, me dió, lo mis-

mo que su hermano, excelentes consejos sobre mis obras. Hubiera demostrado seguramente grandes dotes oratorias si hubiese sido llamado á la tribuna. Legitimista hacia muchos años, habiendo sufrido las pruebas de la prision en el Temple y de la deportacion á la isla de Elba, sus principios permanecían los mismos en su esencia. Siempre permaneceré fiel al compañero de mis malos tiempos: todas las opiniones políticas de la tierra serian demasiado pagadas con el sacrificio de una hora de amistad sincera: nada mas puede pedírseme que el que permanezca invariable en mis opiniones, como permanezco fiel á mis recuerdos.

Hácia mediados de mi estancia en Roma, llegó allí la princesa Borghese; estaba yo encargado de proporcionarla zapatos de París. Fui presentado á ella, y concluyó su tocador á mi presencia: el jóven y elegante calzado que colocó en sus piés no debía pisar mas que un momento aquella tierra decrepita.

Por fin vino una desgracia á ocupar mi tiempo: este es un recurso sobre el que se puede siempre contar.

Paris 1858.

Revisado en 22 de febrero de 1845

AÑO DE MI VIDA 1803.—MANUSCRITO DE MAD. DE BEAUMONT.—CARTAS DE MAD. DE CAUD.

Cuando salí de Francia estábamos todos muy equivocados con respecto á Mad. de Beaumont; esta deramó muchas lágrimas, y su testamento ha probado que se creía herida de muerte. Sin embargo, sus amigos, sin darse parte de sus temores, procuraban tranquilizarse; creían en los milagros de las aguas, llevados á cabo despues por el sol de Italia; separáronse, y tomó cada uno su camino, quedando citados para Roma.

Algunos fragmentos, escritos en *Paris*, en el *Mont d'Or* y en *Roma* por Mad. de Beaumont, y hallados entre sus papeles, demuestran cuál era el estado de su alma.

Paris.

«Hace muchos años que mi salud empeora de un modo sensible. Síntomas que yo creía eran la señal de despedida han sobrevenido sin aun hallarme próxima á partir. Las ilusiones se aumentan con los progresos de la enfermedad. He visto muchos ejemplos de esta singular debilidad, y me convenzo de que no me servirán de nada. Ya me presto á hacer remedios tan fastidiosos como inútiles, y sin duda tampoco tendré la fuerza suficiente para escusarme de los remedios crueles con que se martiriza á las personas destinadas á morir de una afeccion del pecho. Lo mismo que ellas, me entregaré á la esperanza; ¡la esperanza! ¿Puedo yo por ventura desear vivir? Mi vida pasada ha sido una sucesion de desgracias; mi vida actual está llena de agitacion y de disgustos; el reposo del alma ha huido de mí para siempre. Mi muerte será un disgusto momentáneo para algunos, un bien para otros, y para mí el bien mas apetecible.

«El 21 floreal, 10 de mayo, á la vez sabia la muerte de mi madre y de mi hermano.

«Yo acabo la postrera y la mas miserable!
«¡Oh! ¡Por qué no tendré valor para morir! Esta enfermedad, que casi tenia la debilidad de temer, se ha detenido, y tal vez me hallo condenada á vivir aun largo tiempo: creo á pesar de todo, que moriría con mucho placer;

«Porque no valen mis dias un solo suspiro de mi pecho.

«Nadie puede con mas razon que yo quejarse de la naturaleza: rehusándome todo, me ha dado el sen-